

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID	
Pesetas.	
Mes.....	1
Trimestre.....	2,50
Semestre.....	5
Año.....	10
PROVINCIAS	
Tres meses.....	3
Seis.....	5,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar.....	5 pesetas

CORRESPONSALES
 25 números de El Motín. 2,50
 Idem del Suplemento. 0,75

NÚMERO DE EL MOTÍN
 15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN
 Fuencarral, nº. principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si el pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTRO DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria, calle del Obispo, 55.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO
 5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

¿EN QUÉ QUEDAMOS?

Habló el Sr. Pi en la inauguración del Casino Republicano Federal, porque ningún hombre político tan activo como él cuando se trata de censurar á los demás republicanos, llámense Figueras ó Ruiz Zorrilla.

Demostara tal actividad y celo para combatir la Monarquía, y no sería hoy Ruiz Zorrilla, sino él, jefe de la revolución española.

Como en su Manifiesto, comenzó atacando á la Monarquía para concluir ase-tando golpes contra el emigrado en París, sistema jesuítico muy en consonancia con su carácter.

Remedió en parte la torpeza que había cometido en su Manifiesto, declarando que se recurriría al Ejército para hacer la revolución, porque el Ejército sale del Pueblo, y es Pueblo por lo tanto.

Se declaró revolucionario hasta el tuétano, é hizo unas declaraciones que se daban de cachetes con aquella de la Revolución Nacional. Estas:

«Creo que pueden decir á la revolución, como dijo el Dios de la Biblia al mar: De aquí no pasarán tus olas.—¿Es posible que la historia no les sirva de experiencia? El año 1854 O'Donnell no quería sino un cambio de Ministerio, y por poco provoca la caída de Isabel II. El año 1868 distaban los autores de la revolución de querer el establecimiento de los principios democráticos de que solían hablar en son de burla, y distaban aún más de querer la caída total de los Borbones, y vino el Pueblo y barrió á los Borbones de la tierra de España y proclamó los principios democráticos. ¿Quién ha de tener hoy la pretensión de poner diques al torrente?»

Pues si piensa así, y dice además que no tiene miedo á la revolución, ¿á qué impedir que ésta se inicie de cualquier modo, si al fin y al cabo ha de ir á parar muy lejos? ¿A qué esas etiquetas, y esos puntillos, y esos celos de jefatura? ¿A qué sacrificar á vanidades personales los intereses de la revolución?

Por estar convencidos nosotros de que á las revoluciones nadie puede ponerles freno, y menos en un país donde los males sociales son tan grandes, es por lo que no pensamos en federalismo, ni pacto, ni unitarismo, sino en la revolución á secas.

¿Que resulta de ella la República unitaria? Bien. ¿Que la federal? Perfectamente. ¿Que se pone al frente de ella Juan? Bueno. ¿Que se pone Pedro? Lo mismo. Con tal de que la revolución haya cumplido con su deber, poco nos importa la denominación que la República tenga luego.

Pero no todos piensan así, el Sr. Pi inclusive, sino que quieren asegurar de antemano el predominio de la República de su devoción, y esto es lo que nos separa, nos pierde y da fuerza á la Monarquía.

Otro párrafo del discurso del Sr. Pi:

«Nosotros hemos querido, queremos y queremos siempre la cohesión con todos los que quieren la República; lo que no hemos consentido, ni consentimos ni consentiremos jamás, es que ningún partido quiera subalternar el nuestro. El partido federal es demasiado grande para estar á la merced de ningún bando ni de ningún hombre».

Nosotros, en cambio, queremos subalternarnos á todos los que quieren la revolución, pues, como ya hemos dicho, la República es para nosotros lo secundario.

Y no nos importa ser subalternos del partido que más y mejor trabaje para traerla, sea cual fuere, porque no se trata de nuestros intereses, sino de los de la Patria que están más altos.

Además, el partido federal es tan grande como dice, ¿qué unidad le da al Sr. Pi de que sea el Ejército, ó este ó aquel partido, el que tome la iniciativa revolucionaria? ¿Tiene más que torcer el curso de la revolución en el sentido que él quiera?

Dice también que «á los oradores lejanos de distancia no se dirige la marcha de los partidos ni se da con éxito batallas, por mucha que sea la táctica y la estrategia del general». Mucho habría que hablar acerca de esto, pero nos limitaremos á preguntarle al Sr. Pi:

¿Y usted qué ha hecho estando en el mismo campo de batalla? ¿Qué quebrantos le han venido por usted á la Restauración? ¿Por qué, teniendo un partido tan numeroso y odiando á la Monarquía, no se ha movido usted en doce años? ¿O es que usted necesita, para apagar un

incendio que está causando muchas víctimas y puede causar muchas más, que se le invite por tarjeta y se le diga cuánto va ganando?

Ultimo párrafo del discurso del jefe pactista que apenas habla ya del pacto:

«Hubo quien dijo que el hombre es esencialmente idólatra y, cuando no se humilla ante los dioses, se humilla ante los hombres».

Pues el que dijo eso, dijo bien, desgraciadamente para el país y afortunadamente para usted.

Si el hombre no fuera idólatra, ¿cómo estuviera usted aun ejerciendo de ídolo, después de sus contradicciones y debilidades, ni al frente de un partido revolucionario de grandes alientos y energías, aunque mistificado por la falsa aureola de puritanismo y consecuencia que á usted le rodea?

Y como esto último que decimos se tomará por sus adoradores como blasfemia y herejía, en el número próximo, si asuntos de más importancia no lo impiden, les demostraremos cumplidamente que el Sr. Pi, ni es ese hombre inflexible que nos pintan, ni podría optar al premio de la consecuencia si aquí se estableciese como en otras partes á la virtud.

SU MAJESTAD D. EMILIO

Desechen, los que tal creían, la idea de que el sublime cantor de la raza latina y de su propia gloriosísima personalidad acabaría por cantar misa.

A D. Emilio no le lleva su arrepentimiento hasta vestir la sotana, ni puede lisonjear su vanidad la esperanza de cubrirse con la púrpura cardenalicia. Ostenta ya la de los reyes, y si no ciñe á sus sienes la corona de oro, es porque prefiere la de laurel, que conquistó con sus gorjeos en la tribuna y su viril tenacidad en la pelea.

Si, Castelar, que en punto á republicanismo apenas se llama Pedro, pueda llamarse Emilio I en el campo de la Monarquía.

Si, por galantería no sanciona las leyes y firma los decretos, da y quita el poder á los partidos según le place, y es, vamos al decir, la vice-regente del Reino.

Dígame si no el partido reformista, al que, mediante ciertas condiciones, aceptadas desde luego por éste, ha ofrecido el poder.

Verdad es que no ha cumplido su promesa; pero la causa de esta falta de formalidad no debe atribuirse á veleidades del excelso tribuno, sino á las exigencias de su gloria, que le roba enteramente el reposo y le impide ocuparse en resolver el asunto.

Bien claro lo dice su gaceta.

Deberes de cortesía internacional indeclinables, impuestos por la estimación universal de sus contemporáneos, no dejan un minuto libre á esa nueva institución que representa el jefe posibilista.

Espere, pues, los reformistas á que el universo se fatigue de dar á D. Emilio pruebas de estimación y éste de agradecerlas y pagarlas cortésmente, para acudir á la calle de Serrano en demanda del poder ofrecido, y, en la persuasión de que es inútil buscarlo por otros medios, dejen de dirigir á la Plaza de Oriente miradas suplicantes ó gestos amenazadores.

Es probable que tengan que esperar mucho, porque la estimación universal hacia D. Emilio no decae y se renueva sin cesar.

A la que le conquistaron sus discursos federales y el juramento heroico de Zaragoza, se juntó la que le valió su actitud enérgica el 3 de Enero; y á la que excitó su benevolencia con la Restauración, siguió la que le produjo su lucha contra los republicanos.

Hay ha llegado á su colmo, y con justo motivo; ya no es estimación, es veneración, lo que inspira á sus contemporáneos. ¿Y cómo no? Puede darse mayor grandeza de alma que la que ha demostrado brindando en el Escorial por la Reina Regente?

¡Oh magnanimidad! Ni aún tiene celos de quien le disputa el ejercicio de la regia prerrogativa.

LA CARICATURA

Seguramente los españoles hemos degenerado.

El pueblo que ha pasado siempre en el mundo por activo, generoso, valiente y más osado que ningún otro, yace á los pies de una Compañía extranjera que envenena el aire de una extensa comarca con los humos de sus calcinaciones al aire libre, convirtiendo en estéril páramo su feraz suelo y esparciendo las enfermedades, la miseria y la muerte hasta donde alcanza su maléfico influjo.

Pueblos enteros se pasan años y años protestando contra semejante devastación, sin obtener otra cosa que vagas promesas.

Comisiones nombradas al efecto gastan el dinero inútilmente en venir á la Corte á gestionar cerca del Gobierno un remedio á tamaños males, con idéntico resultado.

Los clamores de la Prensa pierden igualmente en el desierto de una indiferencia inconcebible.

Se elevan exposiciones apoyadas por los representantes de la desgraciada provincia víctima de tan gran calamidad, y quedan encarpetadas.

Los comisionados van de Herodes á Pilatos, de Madrid á la Granja, de los ministros á los tribunales de justicia y... lo mismo.

Entre tanto, la nación altiva é independiente por excelencia mira con abatidos ojos cómo los directores ingleses de las minas de Riotinto se ríen á mandíbula batiente de las gestiones, quejas y lamentos de sus víctimas y atizan con mayor brío el fuego de las calcinaciones. Ve peracer á muchos de sus hijos bajo las plantas de poderosos industriales extranjeros, sin manifestarse airada y ceñuda. Contempla esas reuniones de los ministros donde se habla mucho de los humos de Huelva para terminarlas sin resolver lo que procede en justicia, y no toma una actitud imponente que les haga comprender lo peligroso de ese juego en que entra por una parte el injustificado temor á un conflicto provocado por la Compañía explotadora y por otra menguados intereses.

Decididamente hemos degenerado.

En este asunto escandaloso que nos mata y nos humilla, hasta hombres de ciencia hay que se colocan al lado de los verdugos. Médicos, ingenieros y peritos han declarado, pocos en número fulminante, que los humos de las calcinaciones al aire libre no perjudican á la salud pública ni á la producción agrícola, cuando basta para comprender lo contrario tender la vista por aquellos desolados campos y aquellas tristes poblaciones donde se ceban el raquitismo y la tisis.

Las exigencias absurdas de la Compañía en materia de indemnizaciones prueban hasta qué punto se cree fuerte, y la pasividad de los gobernantes, lo mismo conservadores que fusionistas, hasta qué punto son incapaces y débiles, por no decir otra cosa.

Si esto continúa, aprestémonos para ser dentro de poco una nación de siervos sometidos á extranjero señorío por la mediación de unos cuantos burócratas.

Por supuesto, si no viene antes la crisis radical que todos los buenos españoles esperamos.

¡A LEGANÉS!

Leo en El País:

«Se ha dicho que un distinguido hombre público, muy querido de todos por sus relevantes condiciones de carácter, se ha agravado en la dolencia que sufre, habiendo ingresado en el manicomio del doctor Esquerdo».

Sentiremos que se confirme tan desagradable noticia, que estamos seguros ha de producir hondo pesar entre los numerosos amigos del ilustre enfermo».

Aunque las señas no concuerdan del todo, sospecho que ese hombre público debe ser el eminente, el máximo, el sublime Castelar.

Y me fundo en que, sólo habiendo perdido por completo la razón, pudo haber dedicado en el banquete del